

Groenlandia presenta



Tomás Illescas

Emisión Anatómica

“Emisión analógica”, por Tomás Illescas Ferrezuelo

© Tomás Illescas Ferrezuelo, 2011

Edición digital por Groenlandia Ediciones (2011)

Prólogo por Julián Cañizares Mata

Todos los derechos reservados.

Editado digitalmente por Groenlandia con permiso de su autor.

Directora: Ana Patricia Moya Rodríguez

Maquetación: Ana Patricia Moya Rodríguez

Corrección: María del Carmen Moreno \ Ana Patricia Moya

Diseño: Luisa Fernández (portada y contraportada) \ Ana Patricia Moya

Depósito legal: CO 1381-2011

Córdoba, España, 2011

Las altas horas de madrugada

Que el mundo está lleno de metáforas, lo sabemos. No es nuevo. Que las metáforas cambian, también. Es el movimiento. Así hemos de entender el movimiento de los montones de segundos que componen nuestra percepción de las cosas. Así funciona la tecnología de nuestros recuerdos. Hace tiempo, lo analógico era el presente. Hoy, es el recuerdo. Hoy, es la metáfora.

“Emisión analógica” recoge esta evolución y la desarrolla en imágenes, piezas concretas que muestran una generación, o un instante largo, muy largo. Superman envejecido, paraísos exteriores, Blancanieves desaparecida, zapping inminente, ciudadano catódico en las horas más altas de la madrugada. Es el tiempo el que nos habla a través de lo analógico, como si lo analógico se hubiera hecho para explicar el tiempo. Los poemas cuentan las historias de un tiempo terminado, reemplazado por una nueva tecnología, la digital, una nueva metáfora, al fin y al cabo. En estos poemas, Tomás Illescas elige la metáfora como el televidente elige el canal, y su zapping poético es reflexión de un pasado, de una generación que se encuentra ante un nuevo programa, con sus nuevas imágenes y sus nuevos sonidos.

“Emisión analógica” consigue que visualicemos algo más que una imagen pasada: también la emoción. Aquí la soledad es tan importante como la tecnología, podríamos decir. Quizá el paso del tiempo nos vuelva a todos un poco más solos. Lo

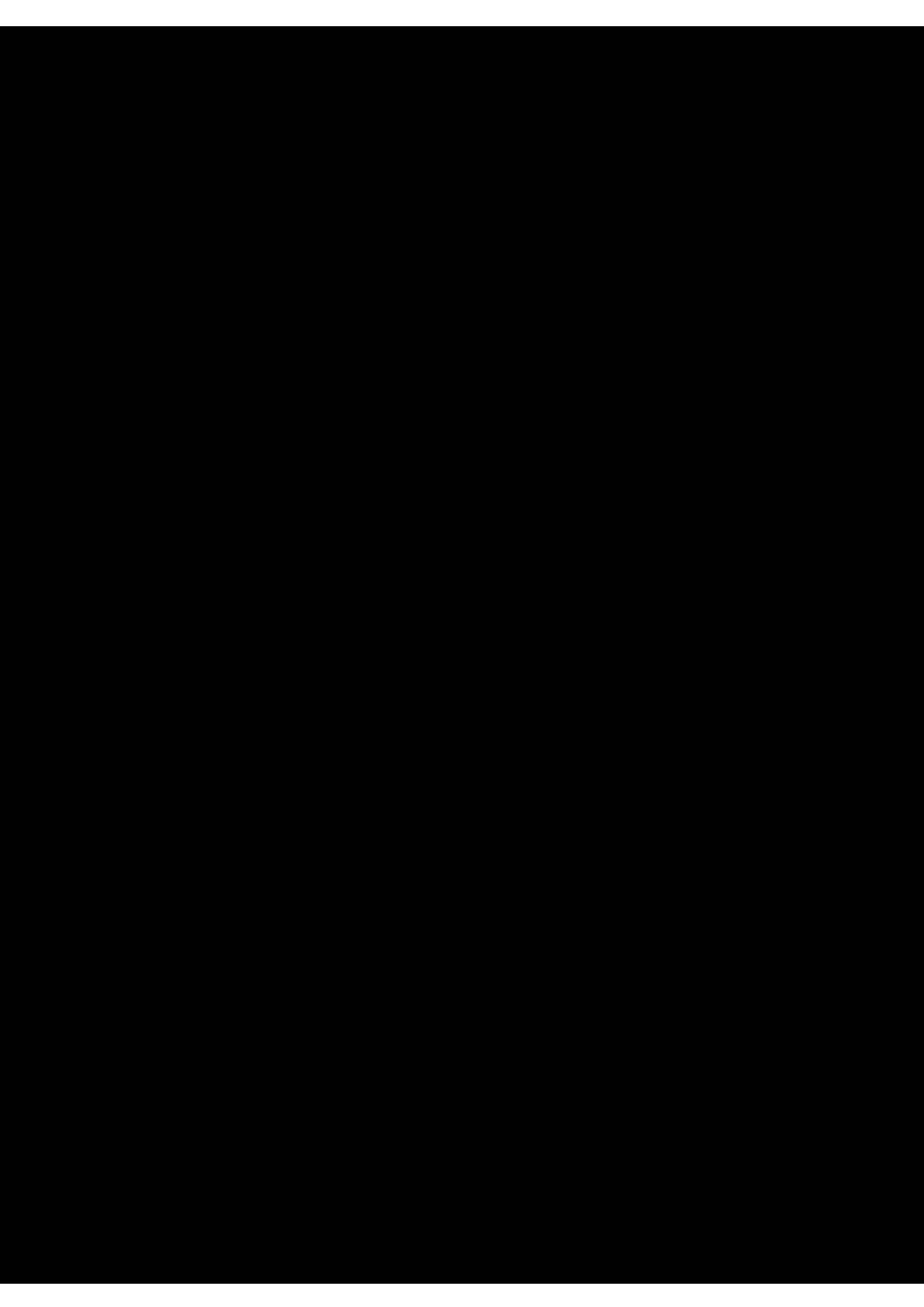
analógico demuestra esa soledad porque ayuda a visualizarla irremediablemente. Un programa, cuando es pretérito, es una soledad. Y aunque todo esto parezca una reflexión terminada y demoledora, sin mucha esperanza, no podemos olvidar lo que supone cualquier emisión, digital o no: nuevos programas, nuevas imágenes, evolución, silencio, engaño, Superman joven, paraísos inmediatos. Hay, pues, un futuro. Es lo bueno del tiempo. El Tiempo no tiene carta de ajuste.

Poemas que van directamente a la memoria, a través de historias exactas, vividas por todos y sentidas para siempre. Poemas de Tomás Illescas que nos mueven hacia un pasado que deberemos considerar, a partir de ahora, en digital.

Julián Cañizares Matá

*La televisión funciona siempre
nos proyecta un mundo irreal
nos hace olvidar la verdad de las calles
bendita televisión*

(Vallecas 1996 - TOPO).



Emisión Analógica

por Tomás Illescas

Zapping
(ahí dentro)

A diario se levantan con nosotros.

Juntos apuramos el negro, amargo y cotidiano
café de lo real.

Sin pudor se nos cuelan
en la casa, en la mesa, en la cama.

Y van envejeciendo
con nosotros,
como nosotros,
imperceptiblemente,
igual que nuestra imagen cotidiana
en el marco negro o plateado
del espejo del baño.

Sólo en ocasiones, cuando se recupera
alguna antigua imagen,
somos conscientes del paso del tiempo
por sus rostros sin imperfecciones.

Como nosotros, cambian de trabajo,
tienen hijos o caen en desgracia,
en la droga, en el juego.

Única pareja de los solitarios,

los esperan para cenar
o charlar con ellos, la copa en la mano,
antes de dar el día por terminado.

A diario reciben cartas de amor o anónimos
obscenos de psicópatas.

Los príncipes, a veces, las eligen
para ser sus princesas.

Antes de la indigna vejez,
del deterioro patente,
incorregible con el maquillaje,
los presentadores son ascendidos
a un cómodo puesto en la sombra,
o bien retirados discretamente
por el omnipotente ente
a almacenes de atrezo
o a los cementerios de estudios,
junto a sintonías pasadas de moda,
mesas desportilladas,
cabeceras rayadas.

Voy a contar la historia de un tal Johnny,
aquel gran deportista pero mediocre actor,
el que a todos los niños durante medio siglo
nos ha hecho vivir la emoción de la selva.

Qué más da que Jane fuera una gruñona estrella,
ni Chita el aplicado chimpancé de algún circo.

No importa que el terrible cocodrilo
al que tú acuchillabas, fuera sólo de goma,
ni la jungla el estudio de la M.G.M.

Serás siempre el monarca de todo lo salvaje,
como Walt en su América libre por primigenia:
*“Si huyéramos tú y yo del resto de la gente,
más allá de las leyes...”*

A ti la gran ciudad te aplastó como a Lorca:
ya olvidado del cine, viejo pero no anciano,
a las pobres monjitas del reposado asilo
con guturales gritos de guerrero
puede que terminaras espantando,
confundiendo tu mente consumida
actor y personaje que lo hiciera famoso.

Pervive pues, Tarzán, en nuestros sueños,

tú que preferiste ofrecerle a tu hijo
el agua del arroyo y la fruta del árbol
en lugar del *hot dog* del puesto callejero.

Libre de la corrupta rutina del estudio,
pervive, pues, Tarzán, como aún alienta
oculto ese instinto en nosotros,
y el anhelo de una nueva vida,
de una edénica vida en tu verde vergel.

Fábula de Blancanieves

Ya sólo quedo yo.

Sin prisas ha ido acabando
con todos los demás.

Tontín fue el primero.

No tuvo cuidado en la mina
(ya no le éramos útiles,
una vez que el filón de diamantes
casi estaba agotado).

Estornudo fue víctima
de una extraña infección.

Perezoso seguía en sus sueños
cuando ardió el dormitorio.

Mudito cayó sin decir ni pío
(yo pienso que fue envenenado).

Feliz murió feliz satisfaciéndola
(era insaciable. Durante la noche
recorría nuestras siete camas).

A *Tímido* lo vi cómo se iba
poco a poco apagando en su tristeza.

Ella ha cambiado su saya blanquísima
por un permanente luto riguroso
que dice estiliza su figura
bastante entrada en carnes.

Vive de los derechos de autor de sus películas
y de algún trabajillo en parques de atracciones,
además de la renta heredada
de su pobre madrastra.

Hay días que no le veo el pelo.

Se hizo íntima de la bruja
y adicta a las rojas manzanas somníferas.

Yo sé que ha tenido más de una aventura
con miembros de la *jet* y con supuestos príncipes.

Esos días yo vivo tranquilo,
recordando los tiempos felices en que éramos
los siete una piña, ocupados tan sólo
en nuestro personal pecado capital.

Después ella vuelve y todo es más difícil.

Pasamos el día de bronca (sin violencia,
prohibida en el mundo de *Disney*).

Me mantiene a su lado porque me necesita
para mantener viva su leyenda.

Soy lo único que queda de ella.

Una canción de mi infancia
contaba la historia
de una tierna niña
que quería jugar,
pero siempre se lo impedían
las labores domésticas.

Su madre le dijo, un buen día:
- Hija, en vez de jugar
con tu muñeca Nancy nueva,
para que en el futuro
seas mujer de provecho
como tu abuela y tu madre lo fueron,
te voy a enseñar

hoy, a planchar
tu vestido de lazos
y los pantalones
- aún cortos -
de tu hermano, proyecto
de hombre de bien;

mañana,
a limpiar
el hogar – Dios bendiga
esta casa -: no sabes

aún
cómo de sucios
son todos los hombres;

después, seguiremos
aprendiendo el resto de tareas
que una señorita
necesita saber
- no preguntes,
ya te he dicho por qué -:
coser, lavar, barrer...

Para el sábado,
después del colegio,
dejaremos
lo más importante:
si quieres conquistar
al hombre de tus sueños,
es vital
que no tenga secretos
para ti la cocina:

*"A UN HOMBRE
SIEMPRE SE LE CONQUISTA
POR EL ESTÓMAGO".*

Y el domingo, tenemos
que ir juntas a misa,
pues la mujer debe

ser también el soporte
espiritual de la casa:
los hombres, por su naturaleza
libidinosa,
tienden al pecado,
al juramento, al descreimiento.
Debes ser muy, muy fuerte
para soportar
todo eso
y rezar mucho,
mucho.

Hazme caso o puedes terminar
siendo una perdida,
una mujer
de la vida.

Año 1974.

Aquellos payasos
eran el programa
preferido del general
- sin comentarios -.

Nada de estudiar,
de leer
novelas o poemas,
de observar a los pájaros,

de subir a los árboles,
de pintar,
de escribir,
de jugar
a pillar a los niños
y después abrazarlos,
de rodar en la hierba,
de componer música
o de explorar su cuerpo
incipiente de mujer
creada para el placer.

Nada de aprender
a ser una mujer
no de la vida,
sino viva.

Superman está viejo.

Perdió su supervista,
y su supercarrera ya no es lo que era.

Y lo peor de todo
es que los niños ya no lo conocen
ni las jóvenes caen rendidas en sus brazos.

Y encima a sus amigos los ha ido perdiendo:
Batman se jubiló tras un par de películas,
La Masa está fatal por la diabetes,
y el Capitán América delira con su *alzheimer*.

Y piensa Superman:

*“Los hombres de hoy en día
no necesitan héroes que valgan
mientras puedan seguir consumiendo
y quemando las selvas
y esquilmando los mares
y envenenando el aire.
Después, ya será tarde, como siempre:
un buen día abrirá alguno el grifo
con una gran resaca
y no habrá agua corriente,*

*o saldrá nuestro hijo de casa
como cada mañana, para ir al colegio,
y caerá fulminado por algo
que hayamos hecho mal sin saberlo o sabiéndolo.
Puede que entonces la gente recuerde
que había un Superman siempre dispuesto
a salvar a la Tierra.*

¿Cuál era su teléfono?

¿Cómo se le llamaba...?

*No importa. Llamaremos
a Batman*

- ¿al asilo...?-,

a La Masa

- está ciego -,

a ese... ¿cómo era?

- está chocho perdido -."

Se oye una voz entonces:

¡Supermaaan! ¿Dónde estáaas?

*- Louise Lane le necesita
para comprar el pan -.*

No sé cómo llegamos hasta aquí,
si ninguno quisimos.

Perdidos en este inmenso desierto
cada vez más extenso de la cama,
con su edredón de cuadros con tonos cálidos:
de color esmeralda como el mar del desierto
(por cuya orilla vagan los últimos leones)
y del color del cielo morado anocheciendo,
y del color del cielo azul intenso
en el vertical mediodía sin sombras...

Este edredón de *Jacquard* que parece
(arena y calabaza, dátíl y hoja de acacia)
el Sahel vía satélite.

No sé cómo llegamos
cada vez más al sur; cómo llegamos
a estar tan perdidos
en este arduo desierto
cada vez más lento y penoso,
donde a cada momento el calor
se hace más sofocante,
y no hay ni siquiera
un cielo protector que nos cobije,
tan sólo un blanco cielorraso
que de día ciega los ojos.

Ya no queda champán, ni escuchamos
la música que *Ryuichi Sakamoto*
compuso expresamente para nosotros.

Yo me despierto de noche, sediento,
y extendo mi brazo
y no te hallo.

Para beber sólo encuentro
esta agua turbia con sabor a cobre.

Tú sólo quieres viajar
cada vez más al sur,
y yo me encuentro
cada día más débil y enfermo
de vida, muriéndome de vida
en este Sahara implacable
en el que hasta donde alcanza la vista
hay sólo arena estéril.

Mientras tú, dormida y ausente,
acompañada de un apuesto tuareg,
sigues en sueños viajando más lejos,
cada vez más al sur

Superman II

Superman está viejo.

Se queja su mujer de que ya nada
es como era al principio,
de que ya no la lleva a dar una vuelta
a la Tierra, como antes abrazados,
y él sabe que en la cama
alguna vez no estuvo a la altura de un héroe.

Ya nada es lo que era.

Cada año sus ingresos en cuenta son más bajos,
porque se venden pocas camisetas azules,
y tienen que arreglarse con la pensión que a Louise
le ha quedado del Post.

Se queja ella también de que a veces se pierde
y no se le ve el pelo por el Polo,
que lo han visto bebiendo con Spiderman
y Catwoman en Marte.

Pero él lo que prefiere
es ir hasta Plutón, donde hasta ahora
no han llegado satélites que valgan,
y sentarse en el borde del Sistema Solar,
en un banco de hielo,
a recordar quién fue.

Sobrevivir enclaustrado en este lugar durante meses. Las montañas ocultan el horizonte, donde un resplandor rosado señala el punto en el que la lejana ciudad sigue latiendo.

He dejado de ducharme. En pijama, siempre la misma camisa vieja. Mi mujer deambula por las habitaciones en bata, trajinando. Tengo muchas ideas, pero ninguna buena. Pero he de comenzar a escribir, si quiero llegar a algo.

Ya tengo el título, que siempre es lo más difícil:

“No por mucho madrugar amanece más temprano”.

Me eclipsa este desierto de nieve ardiente. Me pierdo por delgados, interminables pasillos diédricos. Manchas de sangre en las baldosas. Fuera, un horizonte laberíntico de árboles acerados y simétricos me impide salir.

El cabello y la barba me han crecido. Vivo entre fantasmas que, a veces, me hablan y a los que yo, a veces, contesto. En mi vieja máquina de escribir, ataco un nuevo capítulo que comienza: *“Siempre trabajar y nunca jugar hacen de Juan un chico aburrido...”*.

Aburrido. Pesado. Soso. Embotado. Apagado. Gris. Nublado. Deprimido. Sin brillo. Me comunico telepáticamente con mi

mujer y mis hijas casi gemelas, a las que asesiné en el mismo momento en que les di la vida. A veces también reñimos así, sin palabras.

De noche llego al bar y el camarero, solícito, me ofrece un vaso de *bourbon* con mucho, mucho hielo. "*Tú me los vas sirviendo, Lloyd, y yo me los voy tomando*".

Alguien ha escrito en la puerta del dormitorio con barra de labios roja: "*OTAMISESA*". Los cuchillos de cocina van embotándose y desapareciendo. Ya no puedo dormir, porque por primera vez en mi vida soy consciente de que yo soy el vigilante.

De que yo he sido siempre el vigilante.

THE END

La noche de antes,
Errol Flynn
estuvo arrastrándose
agónicamente
por la selva de Birmania.

Aquel día,
la Primera Cadena
iba a emitir, dentro
de la programación infantil
"Ábrete Sésamo"
- ese día no abrió -.

Por la noche,
la película
prevista era
"Satán nunca duerme"
- premonitorio título -.

Pero ese día sólo
hubo música clásica,
fúnebre,
lúgubre
y un mensaje:
*"Españoles: Franco
ha muerto."*

(Traducción:
detenido,
finiquitado,
inofensivo.)

Entre los españoles,
notorias lágrimas,
y risas ahogadas,
luto,
miedo
y cava.

Pero, para mí, lo mejor
vino ese día
y los siguientes:

¡VACACIONES!

Cuando era niño, mi padre me decía:

*“Hijo, ya que no tienes cerebro,
usa tu cuerpo”.*

Y yo le hice caso,
porque un buen hijo siempre debe
obedecer a sus padres.

Crecí en las frías calles de Filadelfia,
junto al arroyo negro que vierte al Delaware.
Aprendí a respetar y a ser respetado
abriéndome camino con mis puños desnudos.
No se puede decir que fuera un buen chico,
aunque Dios sabe que nunca hice más daño
que el que debí hacer.

Crecí junto al arroyo, entre las calles
en cuadrícula, todas semejantes,
llenas de apartamentos todos similares,
y en todos,
la misma miseria humana,
igual desesperanza.

Yo me entreno a diario,
porque sé que algún día
conseguiré mi meta.

Porque, para alguien que ha salido
de lo más bajo,
la meta puede ser
alcanzar el final de la escalinata
del Museo de Arte
mientras suenan trompetas triunfales,
y el mayor de los éxitos
quedar segundo en un combate
en que uno es el sparring.

Porque, para alguien que no vive
rodeado de belleza,
la chica de la tienda de animales,
con su gesto triste y su rostro
poco agraciado,
puede convertirse en la más
sagrada de las damas.

Yo, que me llamo
Rocky Balboa o Marciano
o Muhammad Ali o Sylvester
Stallone,
sé lo que es nacer en un país
que tú no sientes y no te siente
completamente tuyo; empezar
desde lo más bajo, e ir subiendo
peldaño a
peldaño,

daño a
daño,
teniendo que hacer, en ocasiones,
algún trabajo sucio o cinta
pornográfica.

Sé también lo que es que, cuando has llegado
a lo más alto, te derriben
- como a un guerrero
de barro -,
por negarte a
o por no hacerlo
o, simplemente,
por seguir siendo tú.

Pero hay que seguir adelante,
aunque sea
por todos los que nunca conseguirán nunca
salir del arroyo
y que siguen creyendo en un sueño
americano
con más barras que estrellas:
por todos los matones de barrio
o traficantes de poca monta
o camareras de *dinner*
o prostitutas que siempre soñaron
con ser boxeadores o actrices o escritores
y que quizá lo sean, mejores que vosotros,

pero que morirán siendo matones
o traficantes o prostitutas,
sin llegar nunca a saberlo.

Hay que luchar para ser campeón
de los pesos pesados,
pero si en el combate
no os acompaña la suerte, si no llega
el Óscar o la fama o el título ansiado,
sabed que no importa,
que la mayor gloria
puede ser haber conseguido
llegar a segundo.

Porque, al que vence
la vanidad,
termina venciéndolo,
y porque,
para que alguien triunfe,
siempre tiene que haber un segundo.

Y sabed – os lo dice Rocky -
que lo más importante
es vencer la pobreza,
vencer la soledad,
la esclavitud,
la vejez,
y a uno mismo.

Porque ni tú, ni yo, ni nadie
golpea más fuerte que la vida:

defiéndete de ella.

Desde niños, con Cenicienta,
pretendieron hacernos pensar
que no importa lo pobre,
lo desgraciada que seas;
que al final, invariablemente,
el bien triunfará sobre el mal,
y, en el momento crucial de nuestra vida,
llegará nuestro príncipe,
zapato transparente en mano.
Así, hay niñas que pasan
toda su infancia convencidas
de ser Cenicienta,
y nosotros sus príncipes
encantados o encantadores.

Pero no escarmentamos, en parte
por esa inmensa maquinaria de mentiras
a veces piadosas y otras tantas
verdaderamente maquiavélicas
que llamamos cine.

Y así, cuando ya habíamos superado
el desengaño de los cuentos infantiles,
vemos esa película que habla
de una joven y bonita y feliz prostituta
a la que, un día cualquiera,

sube en su carroza-limusina
un maduro y apuesto príncipe-millonario;
y, más allá del límite impuesto de la noche,
siguen juntos y enamorándose
y son felices y comen
no perdices, sino
caviar y champán francés.

Y así, millones de niñas prostitutas
en Brasil, en la India, en Tailandia,
durante dos horas, delante
del televisor, sueñan con ser como Vivian
comprando ropa en las tiendas
más caras de N.Y.,
y sus proxenetas con la inmensa suerte
que tiene ese Edward Lewis.

Y así, millones de mujeres
en todo el mundo, piensan
que pueden ser felices,
jóvenes y felices
como esa Julia Roberts,
aunque su vida diaria
sea un espanto continuo,
un trabajo sin tregua
- y, de hecho, al menos, lo son
mientras dura la enésima reposición
constelada de anuncios -.

Y así millones de mujeres
que dejaron a sus familias
en Somalia, en Colombia, en Ucrania,
entre felación y penetración,
piensan que aún puede llegar su príncipe
mientras, a ese cliente sudoroso,
para que pase pronto el mal trago,
le ponen el seductor, el achinado
rostro de Richard Gere.

Todavía vivíamos
en un país en blanco y negro
con estabilizador de corriente.

Yo veía extasiado *Meteoro*,
aquellas aventuras del corredor intrépido,
conduciendo su bólido Mach 5 por el mundo,
saltando y volando como si tal cosa.

Había llegado ya la crisis del petróleo.
Los coches de verdad eran cuadradas cajas.

Dictadores caían y se alzaban
en Chile, en Portugal,
en España, Argentina.

Menos mal que llegó *Mazinger Z*,
que nos hizo pensar que había alguien
capaz de acabar con todos los malos
y sus monstruos mecánicos
sin necesidad de recurrir
- puños fuera, fuego de pecho -
al temible teléfono rojo.

Todos quisimos ser *Koji Kabuto*.

Tendría trece años,
y en mí se despertaba el natural fervor
por la figura femenina.
Me turbaba lanzando sus pechos-misiles
Afrodita A conducida
por la frágil *Sayaka*.

Faltaba mucho aún para que viera
Dragon Ball con mis hijas
tras el desayuno, en familia.

El manga es como la vida:
siempre las dualidades
bien/mal,
hombre/mujer;
la violencia, el humor, la belleza.
Siempre la búsqueda de algo más.
Siempre un viaje a lo desconocido
con las armas de la imaginación.

Ahora, en la vida real,
tenemos nuevos malvados
pero los mismos, temibles buenos,
y ni siquiera el aura de energía
ni la onda vital de *Goku Super Sayan*
pueden salvarnos de ellos.

Zapping 2010 (Tv Digital)

(Música romántica)

...¡Comisario! ¡Qué bueno que vino!

Pasen, diviértanse...

...El palmeral de Palmira
fue una etapa de las caravanas
de la antigua Ruta de la Seda...

...El sector asistencial
ha crecido debido
al envejecimiento
de la población...

-¿Y qué estación viene
después del otoñooooo?
Invierno. Eso es muy fácil.
-Entonces recordaremos
la tabla del dos...

...¡Le ha pedido matrimonio!
Y tú, ¿qué le dijiste?...

...Rápidamente se convierten
en tu sombra: te adoran...

...Bueno, y esto ya está.
A emplatar. Vamos a dejarlo
un minuto más y ahora
volvemos...

...Ahí... pues buscaba petróleo
con ese resto.
Muy importante
la calma en este deporte...

(Disparo.
Música de intriga.
Graznidos de cuervos.
Viento)
...Si tú hubieras hecho algo así,
¿qué dirección tomarías
para escapar?...

...Ayer me tropecé con ella
y estuvimos hablando
de su hija:
¡esa niña es un ángel!...

...Busco una, ¿eh? Una
únicamente.
Presta mucha atención
a los detalles...

...Generalmente, en una entrevista
de tú a tú, todos son
maravillosos...

(Interferencias)

...Descuelga el teléfono
y pide ahora el (...)
por el increíble precio de (...)

Sin señal...

Sin servicio...

Sin...

Paraísos artificiales
(ahí fuera)

Fire water

*Cuando aún no había daño,
cuando el mundo podía parecerse a la
merienda de por las tardes,
en el cine
(el larguísimo, hermosísimo cine de la
infancia)
yo siempre preferí a los perdedores...*

(Luis Antonio de Villena)

Abro la botella
de *bourbon* marca blanca,
pvp 5 ó 6 euros.

Me gusta la etiqueta:

1. La foto en blanco y negro
de *Sitting Bull* (¿o es de Jerónimo?).
2. LA TIPOGRAFÍA, CUIDADOSAMENTE ELEGIDA
POR EL PUBLICISTA QUE LA DISEÑÓ
(IMITACIÓN *JACK DANIEL 'S*:
FONDO NEGRO, LETRAS BLANCAS).

Me echo un vaso discreto,
con agua y con hielo
para ir apagando el fuego.

Respirando,
con los pies sobre el suelo,
ya tengo los cuatro
arquetípicos elementos.

Jerónimo -Toro Sentado
sostiene entre sus manos
la pipa de la paz.

Es una pena que yo no fume,
si no con gusto quemaríamos
una buena pipa
por la imposible paz
entre el indígena
y el rostro pálido:
*“La tierra no pertenece al hombre,
sino el hombre a la tierra”.*

Vaya pandilla de comunistas
revolucionarios,
estos indios.

No me extraña que los exterminaran,
si no,
¿de qué hubieran vivido
generaciones de notarios,
banqueros, ferroviarios,
jueces y abogados,

comerciantes,
granjeros,
etc., etc.?

Sin esos rostros pálidos
no habiéramos tenido
revólveres ni rifles,
reactores nucleares
ni bombas de hidrógeno,
ni habiéramos llegado
(qué pena)
a la Luna.

Tampoco tendríamos
tele en color,
rascacielos
ni PC
ni transgénicos.

Me echo un segundo vaso
-a la salud de Jerónimo-
de este *bourbon* pálido y barato,
como el “agua de fuego” que le daban
a los indios para que olvidaran
a sus familias asesinadas
y a sus tierras
(que no eran suyas)
robadas.

Me siento un poco
como un indio Sioux
al terminar el día,
en la reserva,
cuando sólo le queda
sentirse en paz consigo mismo
y con los elementos que le rodean.

Me siento un poco
como un bisonte
sentado,
pastando la amarga
hierba de su recinto cerrado,
su pienso de maíz,
cebada y malta.

Primero (tribus o bisontes)
se les diezma adecuadamente;
luego, se les intenta redimir
y salvar confinándolos
en una parcelita
donde ya no molesten demasiado.

70 cl.

40 % vol.

NORTH AMERICAN BLENDED

El *whiskey*, el agua y el hielo
ya apagaron el fuego.

Hasta mañana, viejo Gran Jefe.

Seguiremos charlando.

Fast Food

Carne abundante por tres euros.

(Manuel Vilas)

Junto a la vía rápida,
el restaurante de comida rápida
nos tienta con su oferta.

No se debe pensar
demasiado lo que se pide.
Si ve que dudamos,
la camarera empezará a mirarnos
como a seres venidos de otro planeta
para complicar su existencia.

Instantáneamente
llega el menú pedido y pagado:
hamburguesa de carne de ternera
hormonada y estabulada.
Terneritas
que nunca han visto el sol
ni un prado,
que sueñan
-bajo la luz eléctrica-
con ellos
y el sabor a hierba, sin saber
muy bien con qué sueñan.

Terneritas seleccionadas
que nacen y mueren
como rockeros: rápido y jóvenes.

Sirve y cobra
rápidamente:
beneficio del ciento por ciento.
Hamburguesas que suben,
que bajan en las bolsas
- donde los brokers,
en su hora de comida
toman sus hamburguesas -,
convertidas en valores tóxicos
desde miles de locales como éste,
dispersos por todo
el mundo mercantil.

Camareros
jóvenes, satisfechos
de tener un *trash job*
en plena recesión;
seleccionados
por su felicidad, por su fidelidad
y su capacidad de cálculo
matemático simple
de entre la facción noble
de la raza predominante.

Tan sólo presentan
leves defectos propios
de su tierna edad,
comúnmente aceptados
- granos, piercings - .

Los clientes, bandeja
de autoservicio en mano,
convenientemente autoseparados,
miran cada uno a su punto
cardinal preferido
a través de las amplias ventanas
mientras mastican su hamburguesa
bajo la luz eléctrica.

Los menús infantiles
distribuyen pequeños
juguetes de un solo uso
que, en ocasiones con dificultad,
a veces con fruición,
montan los padres a los niños
(móntalo, úsalo, olvídale).

Cubiertos de un sólo uso.

Juguetes y padres
de un sólo uso.

Padres y madres separados
en día de visita.

Los chicos y las chicas,
en la noche del sábado,
desde sus coches-habitaciones
donde comen, beben y aman,
compran también su hamburguesa
y buscan sus *fast lovers*,
sus pequeños
amores de un solo uso
(móntalo, ú-
salo, olvídale).

Tú eliges el sabor:
mostaza o Ketchup.

*He fumado mi vida y del incendio
sorpresivo quedan
en mi memoria las ridículas colillas:
seres que no me vieron, mujeres como vaho,
humo en las bocas, y silencio
por doquier, como un sudario...*

(Leopoldo María Panero)

Ya sabemos que mata
o que provoca cáncer,
y a veces las dos cosas
(simultánea
o sucesivamente).

Que, indefectiblemente,
hace envejecer
la piel
- secándola, surcándola -
y que,
casi siempre,
termina
dejándote impotente.

Uno se inicia en la adicción
inconscientemente, casi
dejándote llevar

- por costumbre, porque tus amigos lo hacen -,
y cuando te das cuenta de sus consecuencias, ya no puedes dejarlo por mucho que te lo plantees - hay que ser muy valiente -.

Deberían advertirlo:

“NO EMPIECES A HACERLO...”

“ES FATALMENTE ADICTIVO...”

“PERJUDICA GRAVEMENTE
TU SALUD
Y LA DE LOS QUE ESTÁN
A TU ALREDEDOR...”

Pero ahora es tarde: no hay forma humana de dejar el feo vicio de vivir.

Talking about my generation X

Nacimos fruto del amor conyugal y católico. Pronto fuimos muchos, millones. Llegamos a la ciudad desde los pueblos, o nacimos ya en ciudades que empezaban a crecer demasiado. Jugábamos en la calle a juegos agresivos y primordiales, como indígenas guerreros iniciáticos, como crecidos primates gritones.

Vimos el asfalto cubrir el barro de las calles, y las chabolas caer y convertirse en cuadrados bloques de pisos de cuadrados barrios sin parques.

Íbamos al colegio ridículos con nuestros pantalones de campana comprados por nuestras madres y (,) tuvimos sarampión, anginas operadas y paperas. Pasamos del baño de cinc a sol a la ducha a butano. Crecimos a golpe de penicilina y pan con margarina. El ventilador y el brasero de picón presidían la casa, pero cuando salíamos de noche, aún podíamos ver y contar las estrellas.

Nos pusimos nuestros primeros pitillos, y ya no pudimos parar. Fuimos modernos, punkies, rockers, pijos o siniestros. Unos nos quedamos anclados en una moda hasta que descubrimos el poder del traje de chaqueta; otros, insaciables, lo fuimos todo y lo probamos todo; algunos, simplemente, nos quedamos al margen viendo pasar las modas.

En casa, siempre había un padre borracho o una madre agredida, cuando no las dos cosas. Cuando llegábamos a casa, de madrugada, las rubias y las morenas huían despavoridas. Cenábamos, por ejemplo, un huevo crudo sorbido, que el vino de nuestro estómago convertía en ponche.

Fuimos los primeros en beber en la calle: bendita Santa Litrona. Pero entonces devolvíamos los cascotes, que valían un duro.

Muchos eludimos el sida, a fuerza de suerte o de involuntaria castidad. Dejamos olvidados los elepés rayados de Triana o Asfalto para escuchar el sonido diáfano y aséptico del CD de Los Burros o Radio Futura. Si nunca has caminado con un walkman, puedes decir que no has existido.

Nos ganábamos la vida cogiendo algodón o niscalos, o siendo camareros, vendedores de chándals, contables. Aprendimos a jugar, y luego a trabajar con el PC y con aquellas primeras ventanas monocromas que tardaban la vida en abrirse.

Pasamos del 600 al Ibiza. Con nuestras novias llenábamos los aparcamientos de las afueras. Dijimos que nunca lo haríamos, pero después casi todos acabaríamos

casándonos; los más inconformistas, para gran disgusto de nuestros padres, en el juzgado.

Fuimos los primeros en enviar un e-mail y en tener un móvil, a pesar de todas las veces que renegamos de esos cacharros. En nuestros ratos libres jugábamos a “Un limón, medio limón” y bebíamos y reíamos e intentábamos tocarnos y besarnos, como todos los jóvenes de todos los tiempos. Otros terminamos jugando a suicidarnos o a inyectarnos heroína. Algunos héroes volvimos (de la heroína). Malos tiempos para la lírica.

Nosotros militamos en olvidados partidos de extrañas siglas. Unos aprendimos a decir no a las guerras, otros hicimos milis larguísimas y alcohólicas en campamentos rodeados de casquillos de Zemme y de escombreras de botellas. Aprendimos a ser ecologistas viendo la Sierra arder verano tras verano, y viendo el río rojo de alpechín y repleto de peces hinchados. Aprendimos a manifestarnos y a hacer huelgas salvajes contra todo y a favor de todo. Creímos que podíamos parar las nucleares y El Cabril, cuando manifestarse era aún un signo de distinción.

Nosotros fuimos los hermanos menores del sueño del 68, del que sólo queda cierta actitud ante la vida que aún puede reconocerse en unos pocos dinosaurios supervivientes.

Nosotros aprendimos todo eso y aprendimos después a olvidarlo y ganamos riqueza y esclavitud. Pero nunca nos sobró tiempo para aprender a ser verdaderos poetas.

Rolling Stone

Yo no viví esos años como hubo que vivirlos, pero si tuve que tomar partido por alguien, siempre sentí simpatía por Sus Satánicas Majestades.

Guitarras sucias, manoseadas, que no suenan bien. Percusiones a un ritmo extático de orgía vudú. Bocas enormes, andróginas, con lenguas descaradamente exhibidas, rojas y húmedas. Cuerpos ancianos delgados y elásticos.

Sigue sin haber amor en tu alma ni dinero en el banco, Angie, y además si te volviese a ver por la calle seguramente no te reconocería, no nos reconoceríamos porque nunca conseguimos conocernos.

¿Qué se siente, dime, Mick Jagger, siendo un canto rodado de oro macizo? Tarareo tu música mientras siento en las suelas gastadas el pavimento de chinos del río, camino de un garito, a punto de encenderme en la noche.

Tengo aún veinte años, pero ya vivo el presente, este mismo día de hoy, esta misma noche de hoy, de ayer. En el río, las carpas se arremolinan, frenéticas, bajo la desembocadura de la cloaca.

Tiro un canto rodado (no recuerdo si blanco o negro) al agua marrón, que salta, y pido un deseo: ser alguien, tener

alguien, estar con alguien, estar en alguien, cualquier verbo irregular más cualquier alguien.

¡Venid a mi rescate emocional, como caídos de este álamo de la Ribera, oh, Mick y Keith, Charlie, Ron! ¡Venid a mi rescate emocional, porque la edad de oro termina sin haber comenzado!

Correo basura

Las mafias de Internet,
que deben conocer
perfectamente
mi edad, mi dirección,
poder adquisitivo,
esos achaques
que van haciéndome demorar
(unos minutos más)
el momento de abandonar
la cama, y el placer
que los años
van poco

 a poco

 limando,

no dejan de enviarme
e-mail
ofreciéndome
Vicodina,
Valium,
Viagra,
y algunas
veces copias de Rolex:
estos jodidos saben
todo lo que uno espera
ya / de la vida:

no sufrir demasiado
de aquí / en adelante
(lo pasado / pasado está), que dure
dura,
y de vez / en cuando
un capricho como un buen reloj
para poder medir bien
- y así intentar aprovechar -
el tiempo / que a uno le quede.

Epílogo
(al final del día)

No hay nada en esta noche
más que un televisor
y este vaso con hielo,
y tónica y ginebra.
Calor en este infierno
donde el viento no sopla
del oeste ni del norte:
calor, sudor e insomnio.

Entre ella y yo, silencio:
la existencia y su nada
que reinventa su terca
génesis sin sentido.

Comida en la nevera
corrompiéndose lenta.
Las niñas en sus cuartos.
La perra dormitando.

Y no hay mando a distancia
para cambiar de canal,
para cambiar de vida
cómodamente, sin esfuerzo.

Ya pronto van a dar
las doce menos cinco.
Anuncios de cosméticos
y de electrodomésticos.

Y va faltando menos
para tirar al cubo
los envases vacíos
del día que se marcha
de plástico, cartón,
de vidrio reciclable
(nada de vida orgánica).
Las doce menos dos.

Anuncios de champús
de frutas tropicales
edénicas y eróticas.
Perfectos los perfumes.

Las doce. Dejo el vaso
vacío. Y otra vez
se quedará la peli
a medias, sin final.

Tomás Illescas
(Córdoba, 2010)

Prólogo: las altas horas de la madrugada	4
Zapping (ahí dentro)	
A diario se levantan con nosotros...	13
Voy a contar la historia de un tal Johnny...	15
Fábula de Blancanieves	17
Así, así	20
Superman I	24
No sé como llegamos hasta aquí...	26
Superman II	28
The Shining	29
Zapping 1975	31
Rocky	33
Mujer bonita	38
Elogio del manga	41
Zapping 2010 (TV Digital)	43
Paraísos artificiales (aquí fuera)	
Fire Water	49
Fast Food	54
Ya sabemos que mata...	58
Talking about mi generation X	60
Rolling Stone	64
Correo Basura	66
Epilogo (al final del día)	
No hay nada en esta noche	71

Este poemario se inspira en personajes y obras de televisión y cine de nuestra cultura audiovisual analógica de los últimos treinta o cuarenta años del pasado siglo XX.

En esta obra se puede comprobar cómo, en demasiadas ocasiones, la realidad supera a la ficción, o bien termina confundándose con ella.

Nota del autor: Esta obra está basada en personajes de ficción. Cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia, por lo que, si Vd. se sintiera identificado, puede que se haya convertido en uno de ellos.



Tomás Illescas Ferrezuelo (Córdoba, 1965) pertenece a la generación X cordobesa. Comparte aficiones tan dispares y poco comunes como la poesía y la micología. Actualmente reside en la Puebla de los Infantes (Sevilla). Como miembro de la Asociación Cultural Soñando Caminos, ha participado en varios recitales poéticos colectivos. Recientemente, ha recibido el V Premio Literario Saigón (modalidad poesía). “Emisión Analógica” es su primer poemario.